

sas avenidas del muelle y en todos los rincones del Campo de Marte, asisto al consumo de las vituallas traídas en grandes canastas por las familias. Los litros de vino caliente, las carnes llamadas frías, pero calentadas también por la carrera, los quesos sudorosos y el café embotellado, constituyen los elementos casi únicos de estas alegres agapas.

En los pabellones que componen la Historia de la Habitación humana se opera una verdadera invasión de comilones: la habitación griega del tiempo de Pericles recibe operarios que se llenan de vino de Argenteuil y salchichón cargado de ajo: allí hasta se venden *bocks* á 30 céntimos, y las Aspasia de hoy suelen soltar dicharachos en castizo dialecto del Molino de la Galeta.

Al lado os dan por 15 céntimos *cervoise* de los galos, en la casa misma de nuestros antepasados. En un chalet peruano, posado en cuatro maderos verticales, unos burgueses vestidos de alpaca catan melones y venden pollos. Junto á la pared de la casa romana, unos obreros endomingados están sentados á la sombra bebiendo y fumando en pipa, sin que les importe un bledo esta inscripción que rozan con la espalda:

*Habeat venerem pompeianam iratam
qui hoc lac serit.*

El sol pica, el polvo blanquea las hojas de los árboles y se dispersa impalpable sobre esa rebullente multitud, pero la alegría vibra en el corazón de todos, la alegría, esa fuerza enteramente francesa que no nos ha abandonado nunca, ni aun en medio de la guerra, y que allá, en Crimea, inspiraba á nuestros combatientes teatros al aire libre, entre dos sangrientas batallas. ¡Y cómo á pesar de los codazos y pisotones, cómo esta multitud á todo hace buen semblante! Nada de brutalidades ni gritería; ocurrencias un poco intencionadas y vivas, pero siempre aceptables.

No lejos de la Torre Eiffel, por la parte del muelle, comienza á vomitar negras nubes de humo la chimenea de una fábrica: es el generador de electricidad, que se prepara al trabajo; á la izquierda junto al Carro de los hunos, que parece enojado con estas novedades, algunos auverneses, sentados en el suelo, devoran numerosas costillas y descubren sus blancos y feroces dientes revolviendo sus redondos ojos.

Las comilonas se han propagado á todas partes; en las gradas de los palacios policromos (cerrados ya á las seis de la tarde) construídos por la República Argentina, Chile, Perú, Bolivia, Venezuela; hasta á lo largo del templo mejicano, al lado de las plantas grasas de repugnantes formas de galletas, de manojos de alfileres, de erizos, muchas familias han extendido sus manteles sobre el césped y comen y beben riendo á grandes carcajadas.

Los cespadales interiores son también invadidos por los gastrónomos, y los guardas se acercan en actitud y son de enojo. Estos protectores de la grama oficial, vestidos de uniforme oscuro, con vivos verdes, se asemejan á los aduaneros y se empeñan en decidir á las mujeres á retirarse. Estas les ofrecen un trago, sin hacer caso de sus intimaciones. Los guardas rehusan y se retiran diciendo entre dientes: «Son tan atentas que no puede uno ser grosero con ellas.»

Pero, poco después, vuelven los cerberos en mayor número, azuzados sin duda por sus superiores y hacen que se levanten irremisiblemente los comensales, aunque no hay allí cosa de mesa. Uno de los guardas dice á una señora gruesa:

— Así fuera el mismo M. Carnot, tendría que picar de suela.

— ¡Qué intransigente!

— El servicio...

Y los convidados se van refunfuñando; pero sin abandonar los restos de la comida, pollos no del todo descarnados, mendrugos de pan, botellas destapadas, servilletas manchadas de vino. Aquí se hace un sitio en toda regla á una fuente de Wallace, donde la gente bebe con avidez llenando sus vasos al aire libre.

«Es el *volnay* del pobre,» exclama un pintor de brocha gorda.

El sol declina ya dorando suavemente el domo central; en la Torre de tonos de hez de vino miran los paseantes subir los ascensores, que semejantes á diformes y pesados escarabajos, se dibujan sombríos en las filigranas de la obra.

En el cielo, ya menos claro y de un azul algo sucio, comienzan á encenderse los ojos brillantes y metálicos de las lámparas eléctricas, luciendo antes que las estrellás.

Las agitaciones del día han engendrado en muchos esa excitación nerviosa que enerva entre el atropello y el calor. Por lo demás, el deseo de ver la iluminación sostiene la curiosidad de todos.

En los cafés inundados de gente, los aturridos mozos, con los mandiles y servilletas al aire, pasan rápidos y sutiles como sombras, y las cargadas bandejas se suceden, tan pronto desembarazadas como llenas. Doscientos mil estómagos tienen sed; los afortunados que pueden sentarse á una mesa son raros, y conservan y defienden su puesto con toda decisión. Es la lucha por la vida, pero no excluye las buenas ocurrencias.

Los ojos se convierten ahora á otro lado, porque comienzan á lucir las estrellas de gas que rodean la bóveda inferior de la Torre Eiffel, y ya en el espesor de los macizos, los globos naranjados en que brillan las clásicas bujías aparecen como las frutas gigantes de los fantásticos jardines de las hadas.

El Trocadero, hecho un incendio todo, resplandece por la parte de Occidente: su arquitectura es de fuego: regueros de gas, girándulas y guirnalda de vasos de colores siguen los caprichos de los frisos, la línea de los techos, la curva de las cúpulas.

Enfrente, el domo central del Campo de Marte deja ver en las sombrías profundidades del Este sus transparencias de cristal, bañadas por los efluvios de oro del gas interior, mientras que en la base de la cúpula, resplandece, como una estrella en una frente, una lámpara eléctrica con la palpitante luz de estrella fija.

Los regueros de gas se encienden en torno y realzan el resplandor: diríase un collar de oro en que brillaran los visos luminosos de un diamante.

Y la iluminación que se multiplica por todas partes calma un tanto el apetito, la sed y la jaqueca. Los más fatigados se yerguen ó se pasean: la necesidad de ver el espectáculo los ha galvanizado. Sin embargo, la fiesta no tiene nada de solemne. París está contento; encuentra todo esto maravilloso y se siente alegre y feliz. Las bromas y los chistes se cruzan en el aire, mezclados con los gritos de admiración.

Por otra parte, cerca de los muelles, los domos de cristal, alumbrados por dentro, hacen brillar sus azuladas transparencias, y el techo de vidrio de la Galería de las Máquinas parece en el pardo cielo una inmensa zona de mar fosforescente con sus aguas de gris perla. Los vidrios de colores, estrellas rojas y verdes, las multicolores linternas venecianas, los pálidos globos de gas, las luces eléctricas, todo se armoniza y casa extrañamente en los monumentos ó en las masas como constelaciones innominadas.

Una explosión de gritos y aplausos saluda los primeros chorros de las fuentes luminosas, que hacen suceder súbitamente sus lluvias de oro, de fuego, de zafiro y esmeralda.



La tarde del 14 de julio

Grupos humanos se adhieren á las bases de piedra de la torre para ver mejor el espectáculo, y los niños cabalgan en un jabalí de bronce batiendo palmas de júbilo. Por aquí y por allá resplandecen también luces de bengala dando un tono rojizo ó verdoso á las blancas paredes del palacio de Oriente.

Detrás de mí, una niña empinada en hombros de su padre contempla maravillada los cambiantes juegos de las fuentes. El padre no ve nada, pero le dice á la pequeñuela: «Tú, hija mía, irás diciéndome los colores del agua.»

Y ella le anuncia con entusiasmo el azul, el verde, el rojo que se suceden en los saltos.

Todo esto acaba con la pregunta de la niña, que á pesar de tales y tantos esplendores, piensa en los huéspedes acuáticos y exclama de repente:

— Dí, papá, ¿dónde están los patos?

El padre le contesta cualquier cosa para salir del paso y ella se conforma.

Pero muy luego dice el bueno del hombre á su esposa, que está á su lado:

— La niña me abrume ya, con pesar poco: hazme el favor de tomarla tú.

Y la bajan, descontenta y refunfuñando.

Entre tanto los dos rayos eléctricos de la cúspide de la torre comienzan á funcionar en el espacio, como grandes brazos de luz, ó más bien como dos formidables colas de cometa. Su transparencia barre el cielo, sube á las estrellas, describe arcos de círculo vertiginosos, ó bien va á fijarse á los viejos monumentos de París, cuya religiosa cima turba.

Después y de repente se enciende de arriba abajo la Torre con bengalas rojas, y se destaca como un inmenso rubí sobre el negro fondo del cielo.

La multitud aplaude á la Torre, como á una diva prodigiosa; torre diforme en verdad, que parece ahora una monstruosa joya de luz condensada.

Luego se apaga todo. La multitud murmura al principio; pero ya parten por todos los puntos del horizonte los fuegos artificiales; los cohetes estallan en los aires cerniendo lluvias de colores, y los petardos bajos reaniman con sus formidables estallidos el desmayado entusiasmo.

Mientras la ansiosa multitud espera nuevos incendios de la gigantesca Torre y los vistosos caprichos de los fuegos artificiales, contemplo yo un momento la luna, que á pesar de su esplendor de nácar, parece contristada ante este tumulto terrestre y despojada momentáneamente de su nocturna realeza.

Los innumerables curiosos lo verán todo, permaneciendo á pie firme hasta el último cohete, hasta la última bengala. Sólo entonces, cuando se sepa á ciencia fija que ha agotado la fiesta la serie de sus sorpresas, se dirigirán las familias en tropel á las puertas de todos los puntos cardinales. A la salida se arma un tumulto, una verdadera batalla, alrededor de los carruajes á diez sueldos asiento y de los ómnibus de todo servicio. Los niños lloran, arrastrados de la mano ó llevados en brazos por sus padres; los maridos son regañones, las mujeres siguen entusiasmadas, los extranjeros se quedan estupefactos.

Todo este gentío empolvado suda y se arrastra: se ha comido medianamente, duelen las plantas de los pies, la camisa se pega al cuerpo, la sed insiste... Pero no importa: la verdad es que la multitud se ha divertido grandemente.

CARLOS GRANDMOUGIN.

